



## **El camino de los niños hacia las familias de los salvadores** **Nahum Bogner**

La huida de los judíos del gueto a los que se llamó “el lado ario” para buscarse refugio en la comunidad cristiana, en realidad no empezó sino antes de las acciones de destrucción masiva que en el año 1942 colmaron los guetos de Polonia. Tampoco esa forma no era para las masas. Si había judíos que antes de eso pensaron en huir del gueto para encontrar refugio en el lado ario con identidad robada, ahora no lo hacían y no sólo por falta de medios, sino por miedo a que sus vecinos cristianos los denuncien a los alemanes.

Calel Perechodnik (Calek) describe en su diario el estado de ánimo de los judíos del gueto antes de las acciones. El fue uno de los que finalmente abandonaron el gueto e intentaron salvarse del lado ario:

“Casi nadie pensó en actuar de manera sencilla, en verdad la única, y dejar el gueto. Conseguir un documento polaco o en el peor de los casos, un certificado de nacimiento y vivir abiertamente en la zona polaca. Los judíos temían salir y vivir en el lado polaco por dos razones. Por un lado pudieron los gendarmes lograron convencer a los judíos que salir del gueto era una sentencia de muerte. Por el otro los judíos vivían con muchísimo miedo de los polacos, y eso quiere decir miedo de robo y de ser entregados a los gendarmes. La lógica era esta: de los gendarmes es posible esconderse o denunciarlos, en definitiva sólo pocos andaban por la calle. Pero ¿cómo esconderse de un polaco que fácilmente distingue a los judíos?<sup>1</sup>

Cuando empezaron las deportaciones en masa de los judíos del gueto con el objeto de exterminarlos, la situación empeoró. Para prevenir a los cristianos de ayudar a los judíos perseguidos, los alemanes usaron el sistema primitivo de “la zanahoria y el palo”: amenaza de muerte a cualquiera que se atreva a esconder judíos en su casa, por un lado, y por el otro, premio a los delatores y entregadores de judíos. En el ambiente de amenazas de entonces, los alemanes consiguieron un éxito arrollador. El ambiente hostil y de maltrato la mayoría de la población hacia sus vecinos judíos, se hacía cada vez más grave a medida que creció la marcha de exterminio contra ellos. Lo que ocurría entonces en las ciudades y pueblos a lo largo de Polonia, describe Ringelblum desde su escondite en el lado ario:

El ocultamiento de judíos en los pueblos implica numerosas dificultades. Allí y particularmente en las aldeas todos los habitantes se conocen. Esto despierta el interés general. Los alemanes sabían que en los pueblos, luego de cada deportación, se esconden parte de los judíos en las casas de los vecinos o en las inmediaciones. Para “purificar” la zona de los judíos, tomaron dos caminos: salario y amenaza de castigo. Premios en propiedades y dinero por cada judío que se entregue. El entregador recibía los bienes y la ropa del entregado. En Galicia occidental.... Tenían un presupuesto de 500 dorados y un kilo de azúcar por cada judío entregado. Desde el punto de vista de los alemanes, los resultados fueron por demás exitosos. Muchísimos habitantes locales entregaron judíos a sus perseguidores alemanes, que fusilaban a

---

1 Calel Perechodnik (Calek), La triste tarea de la descripción, Jerusalén 1995, pág. 41.

los “delincuentes” sin piedad. En Wolin pagaban 3 litros de vodka por cada entregado. En otras regiones también solían pagar con vodka por la delación. Y al lado de los premios – castigos por dar refugio a un judío. Al comienzo de cada acción se publicaban en los lugares anuncios acerca de pena de muerte “por semejante delito”. La amenaza y el premio no siempre daban sus frutos. Judíos que durante generaciones vivieron en paz con los cristianos, encontraron refugio en lo de su vecino amigo y conocido de años y generaciones... El tiempo que recibían protección dependía de dos factores: el terror alemán y el entorno. En los lugares plagados de antisemitas aún antes de la guerra, esconder judíos era difícil. Más que el miedo al terror alemán, temían a la delación del vecino antisemita. Y este terror crecía día a día<sup>2</sup>.

Dado el miedo a ser delatados y la falta de salida, los guetos se convirtieron en una trampa de muerte para la mayor parte de la sociedad judía. La gente luchaba por su vida para ganar tiempo, en la esperanza de que de todos modos ocurra un milagro y la guerra termine de pronto, y ellos logren sobrevivir. En el ambiente de terror y desazón que se vivía alrededor, sólo unos pocos judíos del gueto tuvieron la posibilidad de encontrar refugio en casa de familias cristianas del lado ario. Los afortunados que recibieron ayuda, eran principalmente personas acomodadas que lograron conservar parte de sus bienes, y profesionales libres<sup>3</sup> - médicos, abogados y grandes comerciantes – que estaban ligados a la sociedad polaca de antes de la guerra. Se trata de gente de un fino estrato social que poseían un estrecho vínculo con amigos cristianos, que siguieron siendo fieles a ellos y se mantuvieron en contacto permanente aún en los tremendos días que pasaron en el gueto.

Como se sabe, las primeras acciones de deportación tenían un tinte de exterminio de lo llamado “las bases no productivas”, es decir ancianos, enfermos y niños. Ya en la primavera de 1942, con el comienzo del asesinato sistemático de los judíos de Polonia, en el operativo “Reinhardt”, se esparció el rumor en el gueto que los primeros en ser llevados a la muerte eran los niños de menos de diez años y los ancianos de más de sesenta<sup>4</sup>.

¿Intentaron los padres que estos rumores llegaron a sus oídos, entregar a sus hijos, solos, a familias cristianas antes de las acciones, y de este modo salvarlos? Las pocas fuentes de la época que tenemos en nuestras manos hablan de dicha tendencia. La gente escuchó, se asustó y es como si se hubieran paralizado. El 10 de marzo de 1942, cuatro meses antes de la gran deportación del gueto de Varsovia, el padre de una niña pequeña escribió en su diario: “Otra vez miedo por el destino de los niños. Llegan oscuros rumores, pero certeros, constantes y sin pausa, acerca de que los niños son exterminados en masa. Niños de hasta diez años... padres que se encuentran se miran unos a otros preguntándose: ¿has escuchado, verdad? Y susurran en secreto: ¿cuántos años tiene tu hijo? y ¿hasta que edad hay peligro?”<sup>5</sup>

Ruth Cyprys, madre de una niña de tres años, mujer decidida y con buenas relaciones entre los intelectuales polacos de Varsovia, encontró trabajo en el gueto en el “Shop Seguro” de Schultz. Como muchos de sus amigos, ella también suponía que su certificado de trabajo le aseguraría su vida y la de su pequeña hija frente a la deportación esperada. No se le ocurrió despedirse de su hija, y luego de haber sido deportadas a Treblinka, saltaron del tren que las llevaba a la muerte y volvieron a Varsovia. Sólo por la

---

<sup>2</sup> Ringelblum, *Últimos Escritos*, pág. 237.

<sup>3</sup> Nombre, pág. 217.

<sup>4</sup> Ringelblum, *Diario y Crónicas*, pág. 379.

<sup>5</sup> Reuven Ben Shem, “Dentro del Diario del Gueto de Varsovia”, en Massuah J, 1962, pág. 39.

intervención de sus amigos polacos, aceptó separarse de ella y ocultarla en lo de una familia polaca<sup>6</sup>.

Cyprys era una de las que, junto con los pocos afortunados del gueto, poseía las relaciones adecuadas en la sociedad polaca y también los medios necesarios, para sobrevivir del lado ario. En el otoño de 1942, inmediatamente después de la gran deportación del gueto de Varsovia, salió Vladka, activista del “Bund” y enviada del movimiento clandestino judío, al lado ario de Varsovia – para actuar en nombre del Bund. Una de las misiones que se le impuso fue encontrar refugio para los niños activistas del Bund en casas de familias polacas. Trató de convencer a los polacos de recibir en sus casas a niños judíos a cambio de dinero, pero casi no hubo respuesta. Con una desilusión llena de amargura, describe en sus memorias la relación de indiferencia y maltrato de la mayoría de los polacos para con el destino de los niños judíos:

En el invierno de 1942 – 1943 los polacos recibieron cálida y cariñosamente a los niños evacuados que llegaron en los primeros envíos desde los distritos del este, en los alrededores de la ciudad Zamosc. Las mujeres cristianas corrieron hacia los vagones cerrados llevando pan y vestimentas en sus manos, para alimentar a los niños polacos congelados. Sólo que esos mismos polacos fueron sordos y mudos por destino de los hijos de sus vecinos cercanos del gueto, los judíos. Unos pocos demostraron humanidad y solamente algunos aceptaron darles refugio a los niños judíos, a cambio de grandes sumas. La mayor parte de la población polaca se mantuvo indiferente<sup>7</sup>.

Pero a decir verdad, además de la dificultad de encontrar familias cristianas que aceptaran desplegar su protección sobre los niños judíos y esconderlos, hubo no pocos padres que hacia el final se arrepintieron de haberse separado de sus hijos y haberlos entregado a manos extrañas. Perechodnik de Otwock, de los pocos que contaban con medios y relaciones con los polacos de fuera del gueto, pensó en salvar a su pequeña hija y entregarla a una familia cristiana, pero por alguna razón llegó tarde. Luego de que la niña y su madre fueron enviadas a la muerte, trató de explicar los motivos de su fracaso, y que demoró a padres como él en entregar y salvar a sus hijos del lado ario:

Pensé en lo más profundo de mi corazón que tal vez sería bueno entregar a mi hija Atushka a los polacos. Era una hermosa niña de dos años, rubia y de ojos azules. Y estaba dispuesto a pagar muy bien, también un año por adelantado.... En caso de morir, mi mujer y yo, estaba convencido de que los polacos iban a adoptar a mi hija y esto pensando en los bienes que poseería por ser la única heredera. Al mismo tiempo, según la mayoría de los judíos, los niños debían compartir su destino con los adultos y prohibido está dejar huérfanos de los dos padres solos en el mundo. Yo tenía otra idea. Pensaba que si mi hija caía en buenas manos, tendría una buena vida... además pensaba que para los padres era más fácil morir si sabían que dejaban a alguien detrás suyo y que su semilla no se extinguiría.... La idea era buena y tenía todas las posibilidades de triunfar, pero era necesario hacer todo rápidamente, inmediatamente... existía también la opción de ingresar a la niña en una institución de recogidos, pero mi hija para mí era muy querida, atendida y malcriada y eso no era factible. Y no me di cuenta de qué amenazador y cerca estaba el peligro<sup>8</sup>.

<sup>6</sup> Ruth Cyprys, *Frente a la Pérdida*, Tel Aviv 1995, pp. 35–37, 92–94.

<sup>7</sup> Vladka, *A los dos lados del Muro*, pág. 117

<sup>8</sup> Perechodnik, *La Triste Tarea*, pp. 41-42

▼▼▼▼

Su fracaso para salvar a su hija, Perechodnik se lo achacó principalmente a la demora del intermediario polaco que se demoró para encontrarle un lugar en casa de una familia polaca en otra ciudad. Pero de sus palabras se desprende que él, igual que muchos otros padres como él, no pudo separarse de ella, y el tema se fue postergando de un día para otro con distintas excusas que no eran otra cosa que autoengaño, hasta que perdieron la oportunidad. Es posible entender su corazón. En el ambiente amenazador del gueto, al borde de la destrucción, no todos los padres estaban dispuestos a sacar a sus hijos al lado ario, aun teniendo esa posibilidad. Inclusive había padres que por ninguna razón estaban dispuestos a separarse de sus hijos, y cuando se les abrió un camino de salvación, decidieron unir el destino del niño al suyo propio porque no creían que niño sobreviviría sin ellos en un ambiente no judío.

Luego de la gran deportación del gueto de Varsovia, los activistas del Bund del lado ario tuvieron la tarea de buscar una familia polaca que estuviese dispuesta a esconder al hijo único de su líder Shmuel Zigelboim, pero sin su madre. Cuando Vladka intentó convencer a la madre de no demorarse y enviar al niño a un escondite del lado ario, se negó diciendo: “No, créanme, no tengo fuerzas para mandarlo, no le queda en el mundo a mi hijo de once años, ninguna persona salvo yo. Lo cuido como a mis ojos. Sin mí moriré...Lo que me ocurra a mí, le ocurrirá a mi hijo. Es muy largo el camino que juntos recorrimos. Tal vez consigamos permanecer con vida o tal vez muramos los dos”, terminó susurrando. Nadie intentó convencerla. No entregó a su hijo, y ambos murieron durante el levantamiento del gueto<sup>9</sup>.

La respuesta de Mania Zigelboim ante la posibilidad de separarse de su hijo en una situación de peligro, aparentemente era la respuesta natural de una madre que pensaba que el lugar del niño en caso de peligro es al lado de sus padres, ya que en un caso así sólo ellos pueden ocuparse de sus necesidades y protegerlos. El niño es el tesoro máspreciado de la familia, y en situaciones difíciles la naturaleza de los padres es acercarlos a su corazón. Pro cuando comenzaron las acciones de exterminio, y cuando estuvo claro para los padres que ya no podrían proteger a sus hijos, las condiciones cambiaron rápidamente. Sólo entonces comenzó la búsqueda fervorosa de familias cristianas dispuestas a recibir y esconder a sus niños. Y como se dijo, tales familias no eran numerosas.

En días y condiciones normales, hay pocas familias dispuestas a aceptar en su seno a un niño extraño. Más aún en la época de la guerra y dadas las turbias y hostiles relaciones entre los cristianos y los judíos de Polonia. Esconder un niño judío en una familia cristiana implicaba muchas dificultades y complicaciones. Era difícil ocultar a un niño un tiempo prolongado, aislado, en un altillo o en un sótano cerrado, pero también hubo casos como esos. Peor criarlo abiertamente en la familia en condiciones de familia temporaria, es como una bomba de tiempo. Por esa razón era necesario arreglarle una cierta legalidad, “vestirlo” con una identidad prestada y una cobertura adecuada.

Durante el gobierno invasor nazi todos debían llevar consigo el documento de identidad y estar listo para identificarse ante cualquier persona del gobierno. Los niños no estaban fuera de esto, y debían llevar el certificado de nacimiento en la que figurase su identidad y su pertenencia religiosa – nacional. Para que un niño judío pueda circular en un ambiente cristiano con una falsa identidad, era necesario arreglarle un certificado de nacimiento cristiano que fuera acorde. Era posible conseguir un certificado como ese en las iglesias parroquiales en las que se anotaban los nacimientos y defunciones de los miembros de la comunidad, o entre los falsificadores profesionales de documentación que se habían

---

<sup>9</sup> Vladka, *A los dos lados del Muro*, pp. 118-119; en 1940 Shmuel Zigelboim se escapó de Varsovia y finalmente llegó a Londres. En mayo de 1943 se suicidó como protesta contra el exterminio del judaísmo europeo.

especializado en esto y pedían por su trabajo altas sumas de dinero. En las iglesias parroquiales sólo pocos curas estaban dispuestos a arriesgarse y expender un certificado de nacimiento falso para los judíos. Pocos judíos tenían relación directa con los curas, por eso solicitaban la ayuda de un intermediario cristiano que podía pedir más fácilmente y con diversas excusas, una copia de dicho documento, como si fuera para un miembro de su familia<sup>10</sup>. Hubo casos en los que los curas estaban dispuestos a arriesgarse y otorgar un certificado de nacimiento cristiano a un niño judío que estaba escondido en una casa cristiana, a nombre de un niño muerto. Estos documentos recibieron un nombre especial, “certificado post – mortem” (Umarlanki)<sup>11</sup>. Otros aceptaban otorgar el certificado de nacimiento con la condición de bautizar al niño en el cristianismo<sup>12</sup>.

Pero el conseguir un documento de nacimiento cristiano no era el impedimento principal, ni no tenerlo un impedimento para salvar al niño. Prueba de ellos es que no todos los niños entregados al cuidado de familias cristianas con identidades falsas, tenían un certificado de nacimiento cristiano. Particularmente cuando el documento en sí mismo no garantizaba la salvación del niño. Más aún, salvadores que vivían en lugares alejados del los centros del poder, preferían a veces arriesgarse y no sacarle un documento cristiano al niño judío que tenían en su casa, ya que sólo una cantidad mínima de personas intentaría revolver en su origen y su pasado, búsqueda cuya finalidad podía ser la delación. La principal fuente de peligro eran los vecinos curiosos que podían delatarlos a los alemanes, y por lo tanto se debía preparar una historia adecuada que explicase cómo apareció de repente ese niño en su casa, y por qué está allí.

Para que un niño judío pudiera vivir en el seno de una familia cristiana con una falsa identidad, sin despertar sospechas, debía “verse bien”. Es decir, tener aspecto ario cuyas características son cabello claro y liso, ojos azules y nariz respingada, de los que pocos había entre los niños judíos. Para un niño con cabello oscuro y enrulado, nariz semita y ojos oscuros, era difícil encontrar una familia cristiana que aceptara ocultarlo en su casa, porque podían sospechar que fuera judío a simple vista. El peligro de que los alemanes encuentren a un niño judío alojado en una familia cristiana, sólo por su aspecto, no era grande. Como se dijo, el peligro principal provenía de los vecinos que podían delatar a la familia, por esconder a un niño judío. Había diversas razones para delatar – antisemitismo, envidia porque como la familia escondía al niño, sacaba provecho, venganza por cualquier pleito. De los testimonios tanto de salvadores como de salvados, se observa que en la mayoría de los casos en los que los alemanes descubrieron judíos ocultos en el lado ario, se debió a la delación de personas cristianas locales. Por razones obvias las posibilidades de salvarse de las jóvenes con identidades falsas eran mayores que las de los varones, ya que la mayoría estaba circuncidada. Sobre la dificultad de salvar niños, escribe Ringelblum:

La circuncisión es un escollo para acomodar a un niño judío del lado ario. Es pequeño el número de niños judíos no circuncidado. Presión de los padres o parientes religiosos. Dificultades legales por parte de las autoridades comunales y municipales, tantos eran que sólo pocos padres, aun entre los más adelantado, que podían enfrentar la presión y no circuncidar a los niños. Sin esto era imposible recibir un certificado de nacimiento y el niño se encontraría en una situación incómoda y difícil en la escuela<sup>13</sup>.

---

<sup>10</sup> Testimonio de Zofia Butchkowski, Archivo de Yad Vashem, O – 33/638.

<sup>11</sup> Cyprys, *Frente a la pérdida*, pág. 97.

<sup>12</sup> Testimonio de David Daniel, División de Testimonio Oral, (MATAV), (68) 53.

<sup>13</sup> Ringelblum, *Últimos Escritos*, pág. 242.

A fines de 1942, cuando estuvo claro que el destino de los niños era la muerte, hubo padres en el gueto de Varsovia que intentaron borrar la circuncisión de sus hijos mediante operaciones. En Varsovia había algunos médicos que se especializaron en dichas operaciones que eran una mina de oro, especialmente para los intermediarios entre los médicos y los judíos. Si bien entre los adultos estas operaciones salían bien en la mayoría de los casos, no fue así en el caso de los niños<sup>14</sup>.

Era fácil identificar a la mayoría de los judíos de Polonia. Casi todos se diferenciaban de los cristianos por su aspecto exterior, por sus nombres, sus costumbres, el idioma que hablaban y los gestos. La mayoría hablaba idish y aunque dominaban el polaco, el acento generalmente era diferente al de los polacos. Vivían, mayormente en calles y barrios diferentes. Un niño judío nacido en un barrio judío, podía crecer en un ambiente judío hasta su madurez sin tener prácticamente ningún trato social con niños polacos de su edad que vivían del otro lado de la calle, aunque estudiaran en la misma escuela. Las condiciones de la invasión, como se dijo, no los acercaron, al contrario. El traspaso al gueto y las condiciones de aislamiento en las que vivían, alejaron a los judíos de sus vecinos cristianos, aun de aquellos con los que tenían relación. Esto explica por qué tan pocos niños encontraron refugio en casa de familias cristianas. Como se ha dicho, tenían mejores posibilidades aquellos de “buen aspecto” que crecieron en familias apóstatas que podían financiar su tratamiento.

La edad de la mayor parte de los niños escondidos por familias cristianas, oscilaba generalmente entre recién nacidos y doce años. Niños de doce años para arriba eran considerados, de acuerdo a la concepción de la época, jóvenes en todo sentido, y por lo tanto en momentos de peligro existencial, debieron preocuparse por sí mismos como los adultos. El traspaso impulsado de un niño judío del gueto al lado ario, a lo de una familia cristiana, era un proceso complejo y lleno de dificultades que se hacía generalmente en condiciones de mucha presión. A veces se hacía a último momento, durante las acciones, prácticamente debajo de las narices de los nazis. Por eso no era posible ninguna planificación de antemano, y los preparativos que se hacían para la entrega del niño no eran suficientes, ya que no era posible prever lo que ocurriría cuando se lo pasara del gueto al lado ario, y los escollos que pudieran surgir en el camino. En la salvación programada de un niño entregado al cuidado de una familia cristiana, generalmente antes de la entrega había una negociación directa o indirecta en la que se acordaban los pagos por la manutención y el riesgo al que se exponían. Normalmente el pago era en efectivo, – en moneda local o extranjera – en joyas, ropa, utensilios, muebles, sábanas, etc. A veces se prometía en el acuerdo que luego de la guerra, si el niño se salvaba, pasarían bienes inmuebles de su familia a la familia adoptiva.

En junio de 1943, con la destrucción del gueto de Buczacz, el matrimonio Klonitzky se escapó con sus pequeños hijos hacia los campos de los pueblos aledaños, esperando encontrar escondite en la casa de uno de los campesinos. Eran los días de exterminio de los últimos judíos de Galitzia, y la zona había sido declarada “Judenrein”, es decir limpia de judíos. Cada judío atrapado era considerado muerto y asesinado inmediatamente. Los jóvenes padres deambularon con sus niños por los campos, mientras los campesinos ucranianos los perseguían, los extorsionaban y los amenazaban con entregarlos. Finalmente llegaron a lo de una mujer que había servido en su casa, y le pidieron que escondiera por lo menos a su pequeño hijo. La mujer les prometió ocuparse del tema y lo consultó con el “soltas”, el líder del pueblo, y él le aconsejó quedarse con el niño porque después de la guerra le iban a pagar muchos dólares por él. Los padres le entregaron a la mujer todo lo que tenían en su poder, cuyo valor ascendía a 8.000 zlotis, y otros 2.000

---

<sup>14</sup> Ionas Turkov, “Salvación de niños del gueto de Varsovia”, dentro de las hojas de investigación del Holocausto y la revolución, Colección A (segunda serie) (1969), pág. 264. Ver también: Cyprys, *Frente a la pérdida*, pág. 138.

zlotis y 15 dólares en efectivo. Definitivamente no era una cifra insignificante como primer pago, pero luego de hacerlo, también estaban dispuestos a pasarle a su nombre, después de la guerra, parte de los bienes inmuebles de la familia, sólo para que les salve a su hijo<sup>15</sup>.

Tampoco cuando se encontraba una familia cristiana que les prometía a sus amigos judíos darles asilo en su casa, a cambio de dinero pagado con anticipación según el acuerdo, había ninguna garantía que en el momento de la verdad la amistad pasara la prueba y se cumpliesen las promesas. Hubo quienes se asustaron a último momento del peligro que les esperaba por esconder judíos en su casa, y como ya habían recibido el pago, trataron de deshacerse de su compromiso en la primera oportunidad. La negativa la justificaron mediante diferentes excusas.

En abril de 1943, antes del estallido del levantamiento del gueto, Jana Abrutzky de Varsovia tenía once años y sus padres la enviaron al lado ario a lo de una familia polaca. Los padres se iban a reunir con ella poco tiempo después. Antes de su llegada, el hombre recibió mucho dinero y se comprometió a encontrarles a todos los miembros de la familia documentos arios y prepararles en su casa un escondite. Cuando Jana llegó, se sorprendió de que llegara sola. Ella le dijo que en algunos días llegaría el resto de la familia, y hasta entonces “papá dijo que usted debía hacer todos los arreglos y preparar el escondite”. Como no llegaban, le dijo el amigo que ellos ya no llegarían. Jana se mantuvo en lo suyo, que sí llegarían, salió a esperarlos al lado de la entrada del pasaje subterráneo desde el cuál debían pasar al lado ario, y los esperó hasta el cansancio. Volvió extenuada a la casa del “señor Alexander”, el amigo de su padre, y entonces él le comunicó que los planes habían cambiado, que él no podía esconderla ya que ella hacía peligrar la vida de su familia. Le dio un poco de dinero y la arrojó a la calle<sup>16</sup>.

Jana ya tenía once años y para aquellos días era considerada una niña grande que podía hacer sola su camino al lado ario, pero niños más pequeños necesitaban la ayuda de los adultos. El paso de niños del gueto al lado ario se hacía mediante diversos trucos. Frecuentemente estaba involucrada una tercera persona, judío o cristiano, que poseía un pase. Hubo niños pequeños que fueron pasados en cajas o mochilas. Especialmente difícil era sacar bebés, que no entendían el peligro al que se exponían, y podían comenzar a llorar en un momento crítico y provocar una desgracia para ellos y quienes los sacaban. Para evitar este tipo de peligros, los dormían con somníferos<sup>17</sup>.

Alfred Maze, hijo de una familia acomodada de Varsovia, “se veía bien” y era posible pasear con él por el lado ario sin despertar sospechas de que era un niño judío. El problema era pasarlo por el portón del gueto. Alfred tenía seis años cuando lo sacaron al lado ario, y recuerda que uno día llegó al gueto una mujer que él no conocía y le dieron dos maletas. En una había utensilios costosos, y en la segunda – relojes. Su madre le dijo que la señora lo llevaba con ella, y le prometió que unos días después se reunirían con él ella y su padre. La mujer era una “Folksdeutche”, polaca de origen alemán, por lo que no la controlaban. Pasó con él por el portón del gueto sin ningún tipo de problema luego de decirle a los gendarmes alemanes que ese niño era su hijo<sup>18</sup>.

Aun entre los niños afortunados cuyos padres lograban encontrarles una familia adoptiva honesta del lado ario dispuesta a esconderlos en su casa, no había ninguna garantía de que la familia pudiera hospedarlos durante mucho tiempo, y no por maldad. Como se dijo, las condiciones eran de peligro, y la realidad daba muchas sorpresas. Más de una vez

<sup>15</sup> Arie Klonitzky, Diario de mi padre Adam, Tel Aviv 1969, pp. 19-26, 41.

<sup>16</sup> Testimonio de Jana Abrutzky, Archivo de Yad Vashem, 3/5737-0.

<sup>17</sup> Leib Garfunkel, La destrucción de Kovno judía, Jerusalén 1959, pág. 153.

<sup>18</sup> Testimonio de Alfred MAZE (מ"אז), MATAV (The Oral History Division – Institute of Contemporary Jewry – Hebrew University of Jerusalem), 1 (68).

ocurrió que una familia cristiana que le brindaba refugio a un niño judío con las mejores intenciones de salvarla, debió deshacerse de él rápidamente, por miedo a ser delatados, y entregarlo a otras manos, a algún convento o al orfanato de la RGO, organismo de ayuda polaco.

La madre de Leah Blumenkrantz de Tarnov tenía una buena amiga polaca, Jenina Valenga. Luego de una de las acciones, la madre le pidió que salvara por lo menos a la pequeña Leah que tenía cinco años. Valenga recogió a la niña y la escondió en la casa donde vivía con sus padres. Durante el día, cuando los adultos no estaban en casa, Leah permanecía encerrada en el altillo, y por la noche se unía a la familia y estaba con ellos. La casa de la familia Valenga era una casa educada, la trataban bien, pero ella se aburría cuando se quedaba sola. Un día se cansó del encierro y decidió espiar para afuera por la ventana para ver qué pasaba. De pronto vio a una mujer que la miraba desde la casa de enfrente y la señalaba con un dedo acusador. Leah se dio cuenta que había hecho algo que no debía hacer, se asustó y les contó a los dueños de casa. Luego de discutirlo, los Valenga decidieron que debían sacar rápidamente de la casa a la pequeña Leah por miedo a que los delaten. Jenina Valenga le pasó a su protegida a una conocida de ellos, una mujer anciana que vivía en Przemysł con la esperanza de que aceptara esconderla. Cuando le contó de quien se trataba, la mujer se negó a recibirla y le gritó, “No quiero ninguna *judovka* (judía) en mi casa. Sin ninguna otra opción, Valenga se vio obligada a entregarla al primer convento que aceptó recibirla<sup>19</sup>.

A medida que aumentaban las acciones y las selecciones, la vida de los niños que aún quedaba en el gueto se hacía más insoportable. Sus padres les prohibían salir de la casa e inventaban truco tras truco para esconderlos. Los niños debían pasar días en lugares secretos apretados y asfixiantes, sin ver la luz del sol y sin respirar aire puro. Los acompañaba el miedo constante de que en cualquier momento podían capturarlos, despedazarlos frente a sus padres y enviarlos a un lugar desconocido. Los más pequeños también sentían por instinto la tensión a su alrededor y el peligro al que estaban expuestos. Por eso no sorprende que muchos de ellos estuviesen dispuestos a pasar al lado ario, aun solos, sin sus padres. La tentación de salir a la calle y pasear un poco por el jardín al aire libre era grande. Pero cuando llegaba el momento de despedirse de los padres, el trauma era grande y no se reponían rápidamente, pero las ganas de vivir eran más fuertes.

Martha Alvinger tenía cinco o seis años cuando la sacaron del gueto al lado ario. A su madre ya la había perdido en una de las acciones anteriores, y sólo su padre quedó con ella en el gueto. Recuerda que se despidió de su padre y del resto de su familia sin llorar, porque en su sano instinto sintió que ese era el camino para permanecer con vida. Cuando su tía la llevó a la casa de su salvadora polaca, la familia Rogla que vivía en el tranquilo barrio Zoliborz de Varsovia, enseguida se sintió segura y protegida y esperó ansiosamente que su tía la deje y se vaya, porque tenía miedo de que por ella la atrapasen<sup>20</sup>.

Pero no todos los niños reaccionaban como la pequeña Martha ante la despedida de sus familias. La entrega de un niño a manos extrañas era un paso en el proceso de desintegración de la célula familiar en una situación de peligro de vida, que de golpe le saca el último apoyo al niño, que hasta entonces le daba seguridad, calidez y significado a la vida. Cuando el niño se separa de sus padres queda desprotegido. Este era un sentimiento instintivo. Por lo tanto no hay que sorprenderse de que la separación de padres e hijos en estas circunstancias estuviese acompañada por el miedo, tanto de los

<sup>19</sup> Leah Fried – Blumenkrantz, “Lilka – la niña del convento”, dentro de *Testimonios J* (1994), pp. 71-83.

<sup>20</sup> Testimonios de Martha Alvinger, Archivo de Yad Vashem, M-31/3674.



hijos como de los padres. Hubo niños que tenían miedo de separarse de sus padres, se oponían abiertamente a pasar al lado ario y preferían morir con ellos<sup>21</sup>.

Para sobreponerse a la negativa de los niños había que engañarlos, contarles historias extrañas y utilizar trucos para hacerlos cambiar de opinión antes de entregarlos a manos extrañas. Les daban excusas y les contaban que la separación sería por un corto tiempo, y que mamá y papá se reunirían con ellos pronto. El manantial de múltiples testimonios de sobrevivientes que entonces eran niños, no puede sustraerse de las difíciles experiencias de la separación de los padres que se grabó en sus recuerdos. Inclusive aquellos que eran pequeños, de cinco o seis años, con pocos recuerdos de su casa y que no recordaban la cara de sus padres, durante muchos años se acordaron del momento de la despedida. Los más grandes describen una y otra vez esos momentos con gran precisión.

Nina Druker era hija única. Su madre fue asesinada en una de las primeras acciones de la ciudad de Lvov y se quedó sola con su padre de quien estaba muy unida. El padre, médico de profesión, logró hacer contacto con una mujer polaca, miembro de la nobleza, para quien había servido en el pasado, que estaba a recoger a Nina y a cubrirla con su protección para salvarla. Nina tenía siete años cuando su padre la entregó a la señora Zavdetzka. La separación de su padre no la sorprendió. La había preparado cuanto pudo para el traslado a la casa de su nueva protectora y las nuevas condiciones de vida que allí le esperarían. Le hizo recordar su nuevo nombre y le explicó que la señora a cuya casa iba, sería su tía. Para el momento de la despedida le compró una pelota roja, y la señora Zavdetzka vino a buscarla, aparentemente para llevarla a un campamento. Muchos eventos de esos días se borraron del recuerdo de Nina, pero el momento de la despedida de su padre permaneció grabado en su memoria como si no hubieran pasado décadas desde entonces: “la última imagen de mi padre que recuerdo”, reproduce en su testimonio, “es de cuando me acompañó a la calle con esa polaca. Le di la mano y enseguida la llamé tía, y mi padre se dio vuelta y se fue para el otro lado. Su cara era terrible, era la cara de un adulto, llorando. Esta es la última imagen de mi padre”<sup>22</sup>.

Para la mayoría de los niños que se salvaron estos fueron los últimos momentos en los que vieron a sus padres. La despedida fue un hito en sus vidas ya que a partir de ahí comenzaron una vida nueva. Con el paso del tiempo olvidaron muchos detalles de su pasado, pero hicieron un especial esfuerzo para recordar por lo menos la cara de sus padres que, con los años, se fue desdibujando. Greta Silber, de Lvov, tenía nueve años cuando su padre la entregó a una familia cristiana en un pueblo vecino a Tarnov, que iba a esconderla a cambio de dinero. Ella no recuerda el nombre del pueblo porque allí permaneció poco tiempo, pero sí recuerda cómo aquella gente que debía ser su salvadora, la trató cruelmente y luego de sacarle su ropa, decidió deshacerse de ella. El dueño de casa la subió a la fuerza a un tren con destino a Przemyśl. En la estación la recogió una prostituta que la llevó a un orfanato como huérfana polaca. Luego de cuarenta años, contó en su testimonio que cuando se acostaba por la noche, permanecía despierta mucho tiempo, tratando de no olvidar la cara de sus padres. “Recuerdo tanto cuando estaba acostada con los ojos abiertos para no olvidar como era mamá, como era papá. En un momento, lentamente, la imagen de mamá se me fue borrando, pero a papá lo recordaba siempre”<sup>23</sup>.

No todos los niños salvados por familias cristianas, llegaron a ellos por iniciativa de sus padres, como consecuencia de un arreglo acordado anteriormente. Hubo quienes fueron abandonados a la vera del camino, en el umbral de la casa o al lado de los muros de un

---

<sup>21</sup> Emmanuel Ringelblum, *Últimos Escritos*, pág. 239.

<sup>22</sup> Testimonio de Noah Libs, MATAV (The Oral History Division – Institute of Contemporary Jewry – Hebrew University of Jerusalem), 13 (68).

<sup>23</sup> Testimonio de Magdalena Orner, Archivo de Yad Vashem, O.3/6745.

convento, con la esperanza de que algún transeúnte se apiade de ellos y lo recoja en su casa. En el testimonio de algunos se mantiene un enojo abierto hacia quienes los abandonaron siendo pequeños e indefensos. A pesar de los años transcurridos desde entonces, y la comprensión como adultos de los motivos del abandono, los sedimentos de la sensación de ser dejados, no se borraron.

Jana Batista tenía cinco años cuando su madre, por haber sido delatada, debió dejar con ella el monasterio de Czestochowa en el que habían encontrado escondite. Por la desesperación la madre decidió suicidarse ahogándose en el río. Antes de eso buscó una solución para la pequeña Jana y decidió enviarla a casa de una conocida polaca, con la esperanza de que por lo menos la escondiese a ella. Jana recuerda claramente cómo llegaron al puente sobre el río que atravesaba la ciudad y la madre le anotó algo en un papel y la mando a lo de una mujer y le dijo que iría tras ella:

Estaba parada completamente indiferente escuchando lo que me decía. No me abrazó ni me besó. Sospecho que no me quería. Me resulta difícil aceptarlo. Se sentó a mi lado para verme la cara, y me dijo lo que tenía que hacer. Me dio una nota y una rodaja de pan con dulce envuelta en un trapo y me dijo: Cuídala porque es la última. No tenemos más. Escuché y me fui. Luego me enteré que salto del puente, pero no se ahogó sólo se rompió la pierna. Luego los alemanes la mataron.

Jana llegó a la casa de la mujer, pero ésta no la hizo pasar. Finalmente la recogió una familia que no la conocía, la salvó y la crió hasta que se hizo mayor<sup>24</sup>.

En los libros de memorias los sobrevivientes cuentan poco sobre padres que abandonaron a sus hijos al borde del abismo, pero estas cosas existieron y aparecen en muchos de los testimonios robados y en diarios no publicados<sup>25</sup>. Se supone que en situaciones límites, cuando los padres se vieron obligados a abandonar a sus hijos a la vera del camino, pensaban en su futuro a largo plazo. En ese momento sólo pensaban en que permaneciera con vida. Y así, personas piadosas recogieron de la calle y de instituciones un número no pequeño de niños de entre los sobrevivientes, aun a costa de sus vidas. Esas personas comprometieron su alma para salvarlos, parte de ellos dio lo poco que tenía, y los crió como si fueran sus hijos. Frecuentemente era mejor el destino de esos niños recogidos por personas anónimas, que el de aquellos que fueron entregados a familias a cambio de dinero para que los oculten. Su suerte dependía de la casa que los recogía, de la gente que los había salvado, de los motivos por los que actuaron, y de lo que podían hacer por ellos. Parece que no hay como la historia de la salvación de los niños recogidos para ejemplificar el terror de la época, en la que se enfrentaron el amor del hombre y la piedad el ser humano con el mal y la crueldad que hay en él. Las historias de la salvación de los recogidos son de naturaleza dramática y emotiva, y cada uno es digno de ser contado. Aquí veremos sucintamente alguno de ellos para poder tener una imagen lo más completa posible.

El 4 de octubre de 1942 temprano por la mañana, Leocadia Yaromirska salió de su casa en las inmediaciones de Varsovia, camino a su trabajo. Mientras caminaba apuraba para tomar el tren, escuchó el llanto de niños que provenía del convento cercano al lugar. Cuando se acercó vio a dos niñas pequeñas llorando, vestidas con poca ropa, no propicia para el otoño, tenían las mejillas hinchadas y no tenían voz de tanto llorar. Estaba convencida de que eran judías. Para no perder el tren, las dejó con la dueña de una

---

<sup>24</sup> Testimonio de Jana batista, Archivo de Yad Vashem, 3/5732-0.

<sup>25</sup> Testimonio de Katya Tokerski de cómo abandonó intencionalmente a su hija de dos años en la calle para que alguien la recoja. Archivo de Yad Vashem, 3/3122-0; sobre el abandono de dos bebés en un camino durante la huida del gueto a la ciudad, ver el diario de Liuva Vrubeł, Archivo de Yad Vashem, O.33/760.

tienda de los alrededores y le prometió que cuando volviera del trabajo decidiría qué hacer con ellas. El pensamiento en las niñas no la dejaba en paz, y ya al mediodía se fue del trabajo para ir a ver cómo estaban. Cuando volvió a la tienda sólo encontró a la mayor, a la pequeña, la morena, la dueña de la tienda la había entregado en la estación de policía. Yaromirska se enfureció con ella por haber involucrado a la policía en el asunto. Cuando se acercó a la niña que quedaba, que era rubia y linda, y le dijo “ven muñequita”, la niña le estiró su mano y llamó “mamá”. Yaromirska la levantó en brazos y la llevó a su casa. El nombre de la niña, según se enteró después de la guerra por su padre que se había salvado y vino a llevársela, era Shifra Yonish. Después de veinticinco años recuerda Yaromirska el momento en que decidió recoger a la niña y criarla, a pesar de las dificultades económicas. “Pensé para mí, hay tantas viudas y madres solas que crían a sus hijos, yo también podré. La apreté más contra mi pecho y nos fuimos a casa”. Luego de una semana, cuando la niña ya se había acostumbrado a ella, decidió llamarla “Bogushia” (Bogumila) cuyo significado es misericordia de Dios, porque Dios estaba a su lado. Desde ese momento comenzó la lucha para salvar la vida de la niña que continuó por tres años<sup>26</sup>.

Un día de 1942, cuando la aniquilación de los judíos de Galicia oriental estaba en su apogeo, viajaba Zofia Butchkowski en su coche con destino a la ciudad desde la hacienda cerca de Busk. En el camino vio en las afueras de la ciudad a un grupo de judíos que cavaban pozos. Junto a ellos había un grupo de alemanes que se divertían señalando a una pequeña niña que corría. Butchkowski supuso para qué los judíos hacían los pozos. A pesar de eso, decidió arriesgarse y bajó de su coche para ver qué pasaba. Cuando se acercó al lugar vio a la niña de cinco años, vestida con un pijama rojo. Su cabello era negro, enrulado y sus ojos grandes y negros. Corría entre los alemanes, se arrodillaba y se persignaba. El corazón de Butchkowski se enterneció con la pequeña niña a primera vista y se dijo que intentaría salvarla. Se dirigió al oficial de policía alemán del lugar, que conocía, y le dijo que la niña le resultaba conocida y que era hija de una familia cristiana. Los dos sabían que era judía. Su nombre era Jana Brown, y tenía cinco o seis años cuando sus padres murieron en una de las acciones. Luego de su muerte, la tía la entregó a una mujer ucraniana para que la escondiese en su casa. Luego de unos días la mujer decidió deshacerse de ella y una noche la arrojó al río. Jana fue arrastrada a la costa y cuando se hizo de día entró, con su ropa mojada, a la cabaña de unos campesinos que encontró en su camino. Los habitantes de la cabaña le dieron de comer y la entregaron a la estación de policía más cercana, allí la incorporaron a un grupo de judíos enviados a cavar tumbas para ellos mismos.

En el sitio, Butchkowski comenzó las negociaciones con el oficial alemán para liberar a la niña, mientras le prometía una buena recompensa por ella. El oficial aceptó devolverla a la estación de policía y liberarla con la condición de ver el certificado que testimonia que es cristiana. Butchkowski tenía claro que no le interesaba el documento, y para rescatarla de sus manos, debería pagarle por ella dinero. El matrimonio compuesto por Sofía y Stanislav Butchkowski tenía otra hija, aparentemente también adoptada. Eran agrónomos de profesión y vivía con cierta comodidad en la hacienda del conde Badeny donde Stanislav era el administrador. Con esto, no disponían de mucho dinero en efectivo. Los pocos ahorros en divisa extranjera y joyas, los guardaban para malos momentos. La posibilidad de salvar a la niña judía a cambio de dinero, puso a Butchkowski en un dilema. Cuando le dijo a su marido que pensaba utilizar sus ahorros para salvarla, él no se entusiasmó con la repentina iniciativa. Además de que no había ninguna garantía de que con eso terminara el asunto. El problema no es sólo el dinero, dijo, la niña es judía y alguien podía delatarla y poner en peligro sus vidas. A pesar de esto Butchkowski decidió

---

<sup>26</sup> “Bugoshia”, dentro de Yalkut Moreshet (Reseña de Legados) G (1967), pp. 7-8.

salvarla, pase lo que pase. Viajó a Lvov y arregló la documentación necesaria para probar que la niña era ciertamente hija de padres cristianos. Luego de poner al lado del oficial alemán una cantidad de dólares y joyas, éste le entregó a la niña<sup>27</sup>.

En 1942 se escaparon Motel y Zelda Leikach con su hija recién nacida de la ciudad Kowel, en Wolyn a los bosques cercanos. Cuando vieron que la bebé no sobreviviría en esas condiciones, la abandonaron en el umbral de la casa de una familia de campesinos en uno de los pueblos, con la esperanza de que la recogiesen. La niña estaba envuelta en una manta sobre la que colocaron una nota que decía que su nombre era María y que había nacido de una mujer fuera del matrimonio y que no podía criarla. Cuando los dueños de casa la encontraron, se la llevaron al intendente del pueblo. Éste reconoció el origen de la criatura por el tejido de la manta, y decidió guardarse el secreto y no denunciarla. Se la entregó a su hermana Vasilina Yarmuliuk que vivía con su marido Alexander en la aldea de Majdan (Nota de Edición: se pronuncia Maidan). Los Yarmuliuk no tenían hijos y aceptaron a la niña con gusto. Cuando los padres de la niña, que se ocultaban en el bosque, descubrieron la identidad de los adoptantes, se pusieron en contacto con ellos y solían encontrarse en la casa del intendente del pueblo, adonde llevaban a la criatura para que pudiesen verla. Finalmente los alemanes capturaron a los padres que fueron enviados a un campo de concentración. Los Yarmuliuk tuvieron a la niña durante dos años como si fuera su hija. Luego de la guerra regresaron los padres, que habían logrado sobrevivir, y recibieron a la niña de manos de sus salvadores, que no pidieron ninguna recompensa por haberla salvado<sup>28</sup>.

Hubo también niños más grandes, de doce o trece años, que durante las acciones se separaron de sus padres y se dirigieron solos a conocidos cristianos a quienes pidieron asilo por el momento, hasta que pasase la furia, con la esperanza de que luego de las acciones volverían con sus padres o familiares. La mayoría no recibió ayuda y continuó deambulando por los alrededores del lugar donde vivían, y si no encontraban un lugar para esconderse, su fin era ser capturados y asesinados. Pero hubo también descubrimientos sorprendentes. Durante su andar, esos niños se encontraron con personas piadosas que no conocían, y que a pesar de todo les abrieron las puertas de sus casas, los recogieron y salvaron. Un caso así le ocurrió a Sofía Kuzniak de la ciudad de Brzozów. Sofía tenía doce años cuando cortó con su familia a causa de las acciones y se quedó sola. Sin otra alternativa, fue a ver a su maestra polaca que vivía en uno de los pueblos cercanos, porque sabía que la quería y seguramente la ayudaría. La maestra aceptó dejarla dormir en su casa esa noche, y a la mañana siguiente la envió a la casa del cura de su ciudad y le aconsejó pedirle asilo. En casa del cura, Sofía contó lo que había pasado hasta llegar a él. La señora Kszywonosowa, hermana del cura, que estaba presente y escuchó su historia, se apiadó de ella y la recogió en su casa. Y a pesar de que Kszywonosowa tenía en su casa tres niños propios, encontró lugar para ella también. Pero Sofía extrañaba a sus padres y quiso saber qué había pasado con ellos. Cuando se enteró de que sus padres habían muerto, decidió quedarse con la familia que la había recogido y comportarse como si fuera uno de ellos<sup>29</sup>.

Un caso parecido le ocurrió a David Danielsky de doce años, proveniente de la ciudad de Rybnik, Silesia. David volvió a su casa después de faltar durante un tiempo y encontró la puerta sellada. Se dirigió a la familia Kapitza que vivía no lejos de su casa para averiguar dónde estaban sus padres, y le dijeron que se habían llevado a los judíos de la ciudad y no sabían adónde. David no tenía dónde irse y la familia Kapitza le ofreció quedarse con ellos. Antes de la guerra no había ningún trato entre sus padres y los Kapitza pero durante

<sup>27</sup> Testimonio de Zofia Butchkowski y Jana Podoshin, Archivo de Yad Vashem, M-31/239.

<sup>28</sup> Testimonio de la salvación de Marsha Tischler – Leikach, Archivo de Yad Vashem, O.93/35684.

<sup>29</sup> “Los niños cuentan”, dentro de Noticias de Lojamei Haguetaot 21 (1959), pp. 93-94.

la guerra se estableció una relación comercial entre su madre y Martha, la madre de la familia Kapitza. David aceptó la invitación, se llevó de su casa algunas cosas y se quedó con ellos hasta el fin de la guerra<sup>30</sup>.

**Fuente: Wogner Nahum, Bajo la Protección de Extraños, Yad Vasem, Jerusalén, 2.000, pp. 39-56.**

---

<sup>30</sup> Testimonio de David Daniel, MATAV (The Oral History Division – Institute of Contemporary Jewry – Hebrew University of Jerusalem), 53 (68).

---